

En José Enrique Rodó: *EL MIRADOR DE PRÓSPERO. OBRAS COMPLETAS*, Vol. IV, Montevideo, Barreiro y Ramos S.A., 1958, pp. 295-305.

LA PRENSA DE MONTEVIDEO

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ACTO DE LA INAUGURACIÓN DEL
«CÍRCULO DE LA PRENSA» DE MONTEVIDEO, EL 14 DE ABRIL DE 1909.

Señores:

Honrado por los periodistas de Montevideo con la presidencia de la primera Comisión Directiva de su Círculo profesional, comprendo que mi elección necesita ser justificada. No milito en las filas de la prensa, y esto me infunde cierto temor de usurpar un puesto que desempeñaría, con brillo y con honor para todos, cualquiera de los actuales directores de los diarios de Montevideo. Si, a pesar de ello, me he resuelto a aceptar la distinción con que se me favorece, es considerando que ese mismo alejamiento mío de la diaria contienda periodística, puede acaso constituir una ventaja y prestarme una autoridad eventual para el desempeño de una labor en que deberán ser inspiraciones cardinales la ecuanimidad y la independencia.

Por lo demás, no soy un profano en vuestra comunión, y aun pudiera decir que he oficiado en sus altares. Aunque apartado hoy de la prensa diaria, también yo he pasado alguna vez por ella: también yo he sido periodista. No lo diré, ciertamente, con el énfasis con que el Correggio exclamó, según cuentan, ante el cuadro magistral: *Anch'io sono pittore*: ¡también yo soy pintor! Pero lo diré, no sólo para contribuir a justificar mi presencia en este sitio a que me habéis elevado, sino también con la satisfacción de conciencia de quien afirma haber sabido cumplir con un deber.

Ser escritor y no haber sido, ni aun accidentalmente, periodista, en tierra tal como la nuestra, significaría, más que un título de superioridad o selección, una patente de egoísmo. Significaría no haber sentido nunca repercutir dentro del alma esa voz imperiosa con que la conciencia popular llama a los que tienen una pluma en la mano, a la defensa de los intereses comunes y de los comunes derechos, en las horas de conmoción o de zozobra; significaría haber desdeñado el rudo instrumento de trabajo con que se ayuda a la reconstrucción de las paredes y del techo de esa casa de todos que es la organización civil y política, para retener, por pulcritud aristocrática, el cincel estatuario, que sólo es noble manejar mientras las paredes están firmes y el techo no amenaza derrumbe.

Periodistas por vocación o por transitorio imperio de las circunstancias, han sido casi todos los que, en la historia de nuestra turbulenta democracia, han dejado un nombre que se recuerde por los prestigios de la inteligencia o del civismo. Nuestros partidos pueden evocar de la tradición de la prensa casi todas sus grandes figuras civiles; y en cualquier manifestación de pensamiento y de labor, en que se busquen las energías superiores de la existencia nacional, se hallará siempre un periodista que las represente y encarne. Periodista fue Juan Carlos Gómez, y periodista don Eduardo Acevedo. Periodista fue Melchor Pacheco y Obes, después de haber sido héroe y tribuno; y periodista don Bernardo Berro, antes de ser gobernante. Con sangre de periodistas mártires se ha sellado, más de una vez, la protesta y la reivindicación de las

libertades públicas: lo mismo cuando Francisco Labandeira deja su cuerpo inanimado al pie de las urnas del comicio, que cuando Teófilo Gil abate su noble frente en el más aciago de los campos de batalla. Un periodista, José Pedro Varela, realiza la obra santa de la reforma de la educación común; y otro periodista, Francisco Bauzá, nos da la primera síntesis de nuestro pasado en la labor severa de la historia. La vasta producción política, económica, histórica, literaria, jurídica, en que se difunde el luminoso espíritu de Carlos María Ramírez, y que será algún día, reunida en libros donde se perpetúe, alto timbre de nuestra cultura, es la obra de un periodista. Cuando queremos representar en formas vivas la entereza del carácter cívico y la inflexible resistencia contra el mal prepotente, los personificamos en Prudencio Vázquez y Vega, cuyo pedestal son las columnas de un diario. Y para terminar, señores, esta rápida evocación de memorias ilustres, puesto que me limito a los que han dejado de existir, permitidme que agregue todavía un nombre caro para muchos de nosotros, y para todos respetable; un nombre que representa aquí el recuerdo más cercano, y tanto más doloroso cuanto que es el recuerdo de una grande esperanza perdida: el nombre, que ya siento asomar a vuestro labios, de Antonio Cabral, ayer no más llegado al gobierno con las coronas de su severa juventud: ¡grande y preclaro en la esperanza; y por virtud de la esperanza, grande y preclaro en el recuerdo!

Las peculiares condiciones de una cultura naciente y apenas diferenciada en funciones de especial aplicación, han hecho que el carácter de nuestra intelectualidad se personifique hasta hoy en el periodista: especie de improvisador enciclopédico, dispuesto, como el teólogo de los tiempos pasados, a enterarse y juzgar de todas las cosas. Nuestros novelistas, nuestros dramaturgos, nuestros líricos, todos, con rarísima excepción, han sido alguna vez periodistas; y si les preguntáis qué recuerdos guardan del periodismo y lo que le deben, puede ser que os digan que la prensa diaria ha quitado algún tiempo o ha negado algún reposo a la vocación preferente de su espíritu; pero, en cambio, os dirán también que en la práctica del periodismo adquirieron esa disciplina del trabajo, ese hábito de la producción ágil y asidua, y esa gimnasia de claridad y precisión, que desentumecen el estilo y adiestran las energías del entendimiento, como el aire libre y el pleno sol y la desenvuelta actividad de los músculos vigorizan y entonan el cuerpo entumecido en la quietud.

Suele decirse que la labor del periodista es efímera. Esto no es verdad más que a medias. Es efímera la forma, la exterioridad, la envoltura; la página que se escribe un día y que, salvo algún caso singular, ha muerto y se ha disipado al día siguiente; pero la influencia y la sugestión que quedan de esos esfuerzos aparentemente perdidos y olvidados, constituyen una acción persistente y eficaz como ninguna, que convence, que apasiona, que destruye, que reedifica; que forma, en una palabra, la conciencia de los pueblos. Así, es efímera la semilla de la planta; es efímero ese cuerpo leve y enjuto en que está depositada la simiente fecunda; pero, si dura poco, débese a que la disolución de sus tejidos es condición necesaria para que el germen que contiene muerda la tierra y dé de sí la planta que ha de coronarse luego con la flor delicada y el fruto substancioso. No se expresaría una ilusión de ideólogos, sino una positiva e incontestable realidad, si se dijera que, habiendo de elegirse entre tener un absoluto dominio sobre la propaganda de la prensa difundida y prestigiosa, o tenerle sobre los instrumentos transitorios de la fuerza material, insensato sería quien optase por este poder falaz y precario, y no por aquella dominación lenta y segura, que, en definitiva, es infaliblemente el triunfo, y el triunfo asentado sobre los más hondos fundamentos.

Nuestra prensa es una viva demostración de ese ascendiente incontrastable. Hay en ella una honrosa y nunca interrumpida tradición de civismo. La libertad amplísima de que hoy goza y que es, entre las libertades públicas, la más connaturalizada con nuestras costumbres y la que representa una conquista más firme e inviolable; esa libertad a que sólo pone límites severos su propia cultura y dignidad, la ha ganado por sus fuerzas, en lid porfiada y heroica de casi un siglo de constante identificación con las palpitaciones del sentimiento popular; sin que por un solo instante faltase en ella una palabra autorizada por el talento y el saber, ni una actitud que mantuviese la integridad del carácter cívico. Escribir la historia de nuestra prensa sería escribir la historia borrascosa, pero noble y viril, de nuestros esfuerzos por alcanzar la definitiva organización de esta democracia. Los gobiernos que han pretendido sofocar en la garganta del pueblo esa voz, han muerto asfixiados apenas se ha hecho el silencio que apetecían. Ya nadie puede soñar en ejercer el gobierno sin contar, no solo con la libre crítica de la prensa, sino también con su colaboración necesaria, como intérprete y mediadora entre las aspiraciones de los gobernados y la atención de los gobernantes.

Pero la actividad de los periodistas orientales no se ha contenido dentro de la tierra en que nacieron. Ha trascendido más allá, y ha dejado huella en el escenario intelectual y político de los pueblos que les han dado amparo en el destierro o en la voluntaria expatriación. Aun dura, y durará perpetuamente, en Chile, la memoria de Juan Carlos Gómez, y de sus campañas de *El Mercurio*. En la prensa argentina, savia oriental ha corrido siempre, desde la dirección hasta la crónica: y las generosidades de una afectuosa hospitalidad han sido retribuidas por los nuestros con la participación eficaz en todo concurso de ideas que interesara a la organización y al engrandecimiento del pueblo de Mayo. Y estos vínculos creados en la confraternidad de la imprenta, confirmando y robusteciendo los que proceden de la naturaleza y de la tradición, no son extraños, ciertamente, al hecho de que sea hoy de esa casa de *El Diario* de Buenos Aires, que ha sido casa hospitalaria para ilustres periodistas de Montevideo, de donde parta la palabra noble y digna, justiciera y hermosa, que todos hemos recogido en nuestros corazones como augurio feliz de que no se eclipsará la amistad de dos pueblos que son hermanos en la historia y seguirán siéndolo en lo infinito de su porvenir, sobre el fundamento incommovible del armónico desenvolvimiento de sus fuerzas y el respeto recíproco de sus derechos.

Bien es verdad que si nuestra prensa ha rebotado de savia con que contribuir al florecimiento de otras en tierras hospitalarias y amigas, ella debe también energías y luces invalorable al concurso de elementos extraños a nuestra nacionalidad por el origen, aunque vinculados a nuestros destinos por los lazos de la adopción y del afecto. Insignes publicistas argentinos hicieron de nuestra prensa, en tiempos de heroicas luchas por la libertad y la civilización de estos pueblos, una tribuna de resonancia americana; y también eximios escritores brasileños han figurado en ella con honor. Las naciones de Europa que hoy tienen dignísima representación en nuestro periodismo, han asociado todas ellas a la historia de la prensa uruguaya nombres y recuerdos imperecederos. Los ha asociado nuestra madre España; y bastaría rememorar, para probarlo honrosamente, la persona de don Jacinto Albístur, dechado de la cultura más perseverante dentro de la más sobria elegancia de forma, y de tan noble distinción en su vida como en sus escritos. Los ha asociado nuestra carísima Italia; y no sería menester invocar otro recuerdo que el de aquel don Luis Destéffanis, el hombre de los libros, maestro de todos nosotros, que llevaba, en la profundidad descolorida de sus ojos sin

luz, la mirada interior con que se perciben los más finos matices del discernimiento y del gusto. Los ha asociado la Francia de nuestros apasionados entusiasmos; y en la galería del viejo *Siglo* tiene uno de los puestos preferentes la figura de aquel benemérito trabajador que se llamó don Adolfo Vaillant. Y en cuanto a la colectividad inglesa, ella se vincula a los mismos orígenes de nuestro periodismo con aquella «Estrella del Sur», *The Southern Star*, escrita a la vez en inglés y en castellano, que es el más antiguo periódico de Montevideo; de manera que bien puede decirse que, meciéndose la cuna de nuestra prensa en las vísperas de la libertad, tuvo por ilustre madrina de óleos a la libre Inglaterra, que desde entonces ha permanecido constantemente vinculada a nuestro desenvolvimiento material y económico, con los estímulos de su capital expansivo y civilizador.

En cuanto a las razones de la obra que hoy iniciamos, con la fundación o el restablecimiento del «Círculo de la Prensa», apenas parece necesario darlas. La noble y fecunda pasión que lleva el interés de los espíritus contemporáneos o los problemas de la organización del trabajo, ha puesto en claro esta verdad, que no es nueva, pero que desde mucho tiempo parecía olvidada en el mundo: todo gremio, toda colectividad profesional, tiene necesidad de asociarse, de unificarse, de adquirir personalidad corporativa, para pesar en el conjunto de los intereses sociales. El trabajador aislado es el instrumento de fines ajenos; el trabajador asociado es dueño y señor de sus destinos. Y si se congregan en centros sociales los que profesan, en cualquiera relación, las mismas ideas, y los que, viviendo en tierra extraña, proceden de la misma nacionalidad, doble razón hay para que se congreguen en tales centros los que se consagran a una misma labor. Ningún lazo más estrecho puede unir a los hombres que la solidaridad de los intereses profesionales. Los vínculos de partido, de doctrina, de secta, y alguna vez, hasta esos mismos sagrados vínculos de familia y de patria, suelen ser lazos falaces, que disimulan hondas disimilitudes y antipatías; pero el lazo de la profesión es entrañable, porque traduce, no únicamente la comunidad del interés material, que es ya fuerte por sí sola, sino también esa comunidad de costumbres, de disposiciones, de afectos, que determina la participación en un mismo género de trabajo, vale decir, en un mismo género de vida. Hay, en la etimología de las palabras, enseñanzas y sugerencias fecundas: «compañero» significa, originariamente, los que comen del mismo pan.

La filosofía de los proverbios, de los que se ha dicho son «la sabiduría de las naciones», ha consagrado, sin embargo, una moraleja escéptica respecto de la confraternidad en el trabajo. — «¿Cuál es tu enemigo? — pregunta el proverbio. — El de tu oficio». — Hay en ello, sin duda, una relativa verdad de observación, pero verdad superficial y somera, como casi todas las que alcanza la malicia vulgar; porque una consideración más elevada de las cosas enseñará y demostrará que, en esto, como en todo, el egoísmo es contradictorio por esencia: el egoísta es el enemigo de sí mismo, y la fórmula más cumplida del propio interés es la que consiste en armonizarlo con el interés ajeno, acumulando de esta suerte, para la defensa y el provecho de cada uno, la fuerza obtenida de la mancomunidad de los esfuerzos de todos.

Porque lo comprendemos así nos asociamos; para que cada uno de nosotros perciba y sienta de manera más clara y eficaz esa verdad, y para que se grave en la conciencia de todos que el interés de un periodista o de un diario es, en definitiva, el interés de todos los periodistas y de todos los diarios; que el interés del editor es, en definitiva, el interés del redactor y del cronista, y que el interés de esos colaboradores solidarios es, en definitiva también, el interés del lector, el interés del pueblo, necesitado

de tener una prensa fuerte, ilustrada e independiente, que no es posible sin condigna protección y remuneración.

Todo lo que interesa a la prensa, interesa esencialmente a la sociedad, y no como puede interesarle una actividad parcial, confundida entre sus actividades múltiples, sino, más bien, como un complemento o una prolongación de todas ellas: un *alter ego* de la personalidad social. Así como el genio de Gutenberg, si se restituyera al mundo, había de maravillarse y de desconocer su propio invento cuando se le presentaran como derivados de él esos portentosos organismos mecánicos, en que la imprenta moderna parece infundir el soplo del espíritu, creando monstruos inteligentes, dotados de la fuerza y agilidad de los que imaginó la fábula, así también los que, hace apenas dos siglos, lanzaron tímidamente los primeros *Mercurios* y *Gacetas* que encerraban el germen de lo que había de ser la prensa periódica, se pasmarían de estupor si les fuera dado contemplar la transformación prodigiosa que ha hecho del diario contemporáneo una de las fuerzas que dominan al mundo: una fuerza que rivaliza con los gobiernos, porque los inspira y los orienta, o los desprestigia y los abate; que compite con el libro, porque difunde, en formas democráticas y accesibles a todos, los resultados de la cultura humana; que sustituye a la tribuna, aventajando al Ágora y el Foro de los antiguos tiempos como centro de deliberación y de acción cívica; que complementa la obra del ferrocarril y del telégrafo en la aproximación y el conocimiento mutuo de los pueblos; que remueve, con la formidable palanca del anuncio, las energías del comercio y de la industria; que, con los nuevos medios económicos de reproducción gráfica populariza un reflejo de las creaciones del arte, antes reservadas en el santuario de los museos y de las galerías de los ricos; institución compleja y enorme, que participa de la plaza pública, de la cátedra, del club, del correo y del mercado, y que constituye en sí misma la más exacta imagen, la más característica expresión de la vida moderna, a tal punto que, si la moderna civilización quisiese levantar una bandera que fiel y enteramente la simbolizase, en sus excelencias como en sus defectos, no podría escogerla mejor que enarbolando por bandera las dos hojas desplegadas de un diario, y haciendo del vendedor de diarios el abanderado plebeyo de sus ejércitos en marcha.

La iniciativa que hoy congrega a los periodistas de Montevideo alrededor de un centro común es, además, virtualmente, una grande obra de cultura y concordia, que repercutirá por su natural expansión en más amplios conjuntos sociales; porque contribuirá a que los combatientes por ideas opuestas, o por contrarias pasiones del momento, se reúnan al fin de la jornada, y se conozcan mejor; y conociéndose mejor, comprendan que un adversario no quiere decir un enemigo; con lo que se extinguirán de raíz las asperezas primitivas, las desconfianzas suspicaces, las preocupaciones gratuitas, los últimos resabios de la prensa *montonera* y cerril, para acelerarse la cabal realización de la prensa reflexiva y culta, impersonal y caballeresca; serena, sin mengua de sus entusiasmos ni de sus altiveces; consejera del pueblo, antes que uncida al yugo de sus pasiones, y tan apartada de la demagogia turbulenta como de la obsecuencia servil.

No es éste el momento de exponer ideas más prolijas sobre la acción del «Círculo de la Prensa». Diré sólo que considero que, dentro de los fines de esta asociación de los periodistas de Montevideo, deberá concederse importancia capital a la faz económica de la profesión; deberá tenderse, segura y paulatinamente, con los recursos de la ayuda mutua y de la defensa común, a que la labor del periodista sea de todas veras un trabajo estable y remunerador, abierto sobre una perspectiva de aliento y esperanza; deberá tenderse a que el periodista no vea sólo en la prensa un oficio

accidental y precario, por el que cruza tal vez como ave de paso que acicatean las ventiscas de la pobreza y del abandono, y del cual se aparta apenas vislumbra la posibilidad de una aplicación más lucrativa de sus fuerzas; sino que pueda ver, algún día, en la prensa, una verdadera consagración, profesional, que le vincule con cariños de madre y le estimule a progresar en los merecimientos para progresar también en las recompensas.

Puesto que la atención de nuestros hombres de estudio empieza a fijarse en esos interesantísimos propósitos de la organización del trabajo, a que da oportunidad el apresurado crecimiento de nuestra riqueza y energía, importa que no olvidemos, entre los trabajadores dignos de solícito interés, al trabajador intelectual, que, en los pueblos de Europa, suele ser también un proletario con privaciones y dolores más complejos y crueles que los del mismo trabajador en faenas materiales. El escritor es, genéricamente, un obrero; y el periodista es el obrero de todos los días: es el jornalero del pensamiento. En serlo, tiene su más alta dignidad. Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas hayan volado en polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad o de igualdad aristocrática, y ese título será el de *obrero*. Ésta es una aristocracia imprescriptible, porque el obrero es, por definición, «el hombre que trabaja», es decir, la única especie de hombre que merece vivir. Quien de algún modo no es obrero debe eliminarse, o ser eliminado, de la mesa del mundo; debe dejar la luz del sol y el aliento del aire y el jugo de la tierra, para que gocen de ellos los que trabajan y producen: ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga o de la veta; ya los que cuecen, con el fuego tenaz del pensamiento, el pan que nutre y fortifica las almas.